



Capítulo 2.  
Deporte: entre lo amateur y lo profesional

## 6. Las canchas como territorios políticos<sup>1</sup>

Agustina Boyezuk

*Una sensación se siente a menudo a partir de lo que no es:  
una sensación no es una acción organizada o deliberada ante algo.*

*Y es por eso que la sensación importa:  
lo que te deja es una impresión que no es clara ni distinta.*

*Una sensación suele sentirse en la piel*

Sara Ahmed (2021)

¿En qué momento se es deportista profesional? ¿Cómo identifico una jugadora profesional de voley en Argentina? Podría ser ¿A partir de que se hace un acuerdo económico con un club, cuando firma un contrato para representar una institución? o ¿Cuándo tiene ofertas para jugar en el exterior o cuando ya traspasó las fronteras? No me queda claro, entonces ¿No pueden ser profesionales acá? No, se tiene que poder, debe ser entonces cuando llega a jugar en la liga de mayor competencia a nivel nacional, es decir en la Liga Argentina Femenina de Voley (LAF). Pero, me pregunto, las deportistas profesionales no son las que aparecen en la televisión, porque el deporte profesional es considerado espectáculo de consumo masivo, y por lo tanto es parte del mercado, (Garton, 2020) entonces debe ser también cuando aparece en la tele ¿ahí, ya es una deportista profesional?

Sinceramente, no lo sé, y podríamos seguir elaborando preguntas, que busquen respuesta en el plano económico/contractual, o en la visibilización y masificación del deporte y la imagen de las deportistas, o detenernos en contabilizar cantidad de tiempo dedicado al entrenamiento y el nivel de

<sup>1</sup> A todas mis amigas, a mis compañeras y al Colectivo Doble Cambio. Pueden consultarse las redes sociales del espacio en Twitter ([https://twitter.com/doble\\_cambio?lang=es](https://twitter.com/doble_cambio?lang=es)) e Instagram (<https://www.instagram.com/colectivo.doble.cambio/>).

competencia, o enumerar los cuidados y atenciones extras para mejorar el rendimiento deportivo que aun así seguiríamos en una encrucijada de querer delimitar cuando pasamos del plano del amateurismo al plano de lo profesional como jugadoras de voley en Argentina, sin poder conseguirlo.

No es noticia que el voley argentino no sea profesional. Pero podemos afirmar que hay jugadoras/es que viven o intentan hacerlo, de su práctica ¿cómo? Entendiendo en principio que el espacio deportivo es el lugar donde el cuerpo se convierte en mercancía y es allí donde les deportistas ofrecen sus habilidades y experiencias en función de los mejores postores: marcas, empresarias instituciones, recibiendo becas o en el mejor de los casos con la firma de contratos. Esta premisa nos permite pensar qué sucede, particularmente, con los cuerpos de las mujeres en esa lógica, cómo funciona el acceso y/o permanencia en los territorios deportivos, que han sido históricamente espacios sexistas y minados por varones. Por lo que, tampoco es noticia contar que existen grandes diferencias entre el voley femenino y el masculino, situar al voley como una práctica deportiva por lo tanto social, nos permite introducir como enfoque de análisis los estudios de género que permiten comprender el carácter relacional de las prácticas sociales y el largo proceso histórico de construcción cultural que sostiene la diferencia entre varones y mujeres. Esta diferencia se basa en el denominado fundacionalismo biológico<sup>2</sup> (Glynos, 2000), donde el sexo, hace referencia a los cuerpos como fijos, inmutables y naturales, en tanto que el género opera como producto de normas culturales identificadas con un conjunto de significados que instalan diferencias entre varones y mujeres: activo/pasivo, proveedor/ama de casa, público/privado, cultura/naturaleza, razonable/emocional, competitivo/compasiva (Martínez, 2011)

<sup>2</sup> Modelo teórico que incorpora explicaciones que dan cuenta cierta construcción social, aunque siempre bajo la forma de significados culturales que recubren al cuerpo como base natural y neutra. El fundacionalismo biológico se suscribe a la idea de que *sexo* y *género* existen como dominios relativamente autónomos, donde el primero funciona como un inhibidor de las posibilidades del segundo. En este sentido, la categoría *sexo* proporcionó un punto de referencia incuestionable, de modo que la posibilidad de deslindar una identidad

relegando históricamente a las mujeres de espacios profesionales, educativos, políticos, deportivos y de ocio.

Ahora bien, qué me dicen de esta primera gran diferencia: la cantidad de jugadoras y jugadores registrados de manera oficial en la Federación Nacional, hasta enero del 2020<sup>3</sup> son un total de 30.666 deportistas, 20.520 están registradas como mujeres y 10.146 como varones. Este dato, de forma numérica, en principio nos muestra este territorio como un espacio donde las mujeres han abierto camino, en el acceso y participación. De alguna manera, podríamos decir que hay un terreno ganado, pero lejos de eso está; detrás de esos números se esconden violencias y una sistemática invisibilización histórica a las mujeres en el ámbito deportivo. Aquí es donde la categoría de “apropiación” de Guillaumin (1978) para referirse a la relación social entre dos grupos sociales, varones/mujeres nos permite reconocer esa invisibilización histórica y violencias anteriormente mencionadas. La apropiación del cuerpo, del trabajo y del tiempo de las mujeres, a nivel individual y colectivo (Femenias y Bolla, 2019) en los espacios deportivos está en manos de quienes ocupan lugares de conducción y decisión política, de quienes garantizan la calidad y la capacidad de desarrollo de nuestro voley y de quienes fiscalizan y ordenan nuestros cuerpos y nuestros deseos, siendo en su mayoría miembros del grupo social de los varones; dando cuenta que la apropiación del mundo deportivo, en el orden social, simbólico y material se encuentra a favor de las disciplinas masculinas. Por ello es que para transformar tenemos *el feminismo*, que, parafraseando a Sara Ahmed, es como nos levantamos las unas a las otras; tanta historia, en una palabra; ella misma, también, se ha reconstruido y nos ha construido. Nos ha dado fuerzas para nombrarnos, para encontrarnos, para enredarnos y compartirnos.

En el plano de lo real la jugadora de voley profesional en argentina somos aquellas que no levantamos temprano, y entramos en la oficina, en las aulas

<sup>3</sup> Los datos que se despliegan a lo largo del escrito son parte del informe elaborado en el 2020 por el Colectivo Doble Cambio y presentado al Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación, acerca de las condiciones y situación actual de las jugadoras Liga Argentina Femenina, categoría de máximo nivel de Voley argentino, la muestra fue de 130 jugadoras que eran parte de los 11 equipos que estaban compitiendo.

de las facultades o institutos, salimos corriendo con enormes bolsos para llegar al entrenamiento, algunas usando más de un transporte público, la bicicleta o en el mejor de los casos algunas con vehículo propio recolectando compañeras en el camino para llegar a horario, entrenar cuatro horas y hasta muchas veces dobles turnos. Somos aquellas que estudiamos en el micro, en el tren o en un gimnasio en el piso esperando para jugar. Somos las que nos quedamos dormidas arriba de las hojas preparando un final o arriba de las computadoras cerrando la jornada laboral. Somos las que vendemos rifas, hacemos polladas, bingos y mil actividades colectivas para mejorar las condiciones en las que entrenamos, para poder cumplir el sueño de jugar una LAF con nuestros clubes que nos vieron crecer. Somos colectivamente hijas del esfuerzo constante que implica el amateurismo, pero profesionales en carácter, en compromiso y en entrega, en los cuidados, en el entrenamiento invisible.

Hace por lo menos 20 años, más de la mitad de mi vida, que estoy acompañada de zapatillas y rodilleras, muchísimas veces de lunes a lunes, sin feriados, casi sin vacaciones y aun así fue una tarea difícil en mi proceso de identificación personal nombrarme como deportista profesional, sin poder reconocerme a mí y a mis compañeras como tales y pudiendo decir: ¡Hola, soy Lucha jugadora profesional de voley!

El camino entre lo amateur y lo profesional me remite a la metáfora del símbolo del Uróboro<sup>4</sup> “serpiente que se come la cola”. Nos exigen como profesionales, para obtener mayores resultados deportivos, para que nuestro voley argentino crezca, ¿quién no quiere eso? pero cómo hacerlo y llegar al final del día, inevitablemente sintiendo que tenes superpoderes, pero eso se acaban en algún momento, el cuerpo pasa factura y si no hay lesión, baja el rendimiento y volvemos a empezar, más exigencia en malas condiciones y ya sabemos cómo sigue la historia. Por eso un dato interesante es el rango etario de las jugadoras que compitieron en el 2020 en la LAF. El 74% de las

4 Es un símbolo que muestra a un animal serpentiforme que engulle su propia cola y que forma un círculo con su cuerpo. El Uróboro simboliza el ciclo eterno de las cosas, también el esfuerzo eterno, la lucha eterna o bien el esfuerzo inútil, ya que el ciclo vuelve a comenzar a pesar de las acciones para impedirlo.

jugadoras se encuentra entre los 14 y los 24 y el 26% entre los 25-30 o más. El porcentaje de jugadoras decrece en virtud del ascenso de la edad, llevándonos a pensar que, si la edad de madurez deportiva se establece alrededor de los 25 años de la carrera de una deportista, coincide con una edad donde no solo las mujeres se encuentran finalizando sus estudios terciarios o universitarios, o bien, en la búsqueda de su independencia y crecimiento económico. A pesar de estar en el auge deportivo, la jugadora se ve obligada a elegir otra fuente de ingreso más segura, de difícil compatibilidad con la carrera deportiva profesional, abandonándola o dificultándola. Esto es claro de ver en la remuneración económica que perciben las jugadoras: Solo el 63% de las jugadoras recibe una paga y peor aún el 90% no llegan al salario mínimo vital y móvil (\$ 16.875)<sup>5</sup>. Para agudizar más aún esto, el promedio por mes de lo que percibe una jugadora es de \$3507 mientras que para un jugador es de 10 veces más. Pareciera que nos acostumbramos al “es lo que nos toca”, así como nos adecuamos a horarios de entrenamientos que no permiten buscar o sostener otros trabajos y esto se agrava cuando la competencia requiere de disponibilidad para viajar por el país para competir, por lo que indefectiblemente quienes tienen otra actividad económica deben pedir el día, o perderlo laboral y económicamente. Y ahí estamos de nuevo, resignificadas en el símbolo de Uróboro.

No hace mucho que me desenamoré, porque no podía dejar de pensarme en esta encrucijada, entre todo lo que configura mi vida y el voley, mejor dicho, quienes hacen el mundo del voley, dirigentes, entrenadores, periodistas todes. Como hablan de nosotras, como se dirigen a nosotras, como eligen por nosotras, me sentí contrariada. Podía identificarme feminista hacía ya unos años y la coyuntura en ese momento, 2015, los debates que me atravesaban en la universidad no iban con ser deportista. Ser feminista, luchar por mis derechos, parecían ir en carriles distintos. La cultura del aguante, de soportar a costa de cualquier cosa, me generó mucha angustia,

5 El salario mínimo vital y móvil hace referencia a la fecha del 1º de octubre de 2019, dato que se tomo para el Informe elaborado en enero del 2020 por el Colectivo Doble Cambio y presentado al Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación.

una sensación de soledad inabarcable, pero sabía que no estaba sola. Era claro que no era la única en ese sentir, y ahí es donde lo anunciado por Simone de Beauvoir “Lo personal es político” cobra un sentido aún más fuerte. Esa soledad era una sensación, donde el silencio que existía de cada lado de la red, la agudizaba. Nadie puede hablar por nuestro cuerpo, ni de nuestros deseos, pero lo han hecho históricamente, negándonos ser quienes queremos ser y ahí está este movimiento que abrazamos y sacudió todas las estructuras “El feminismo empieza con una promesa que es una promesa: no tenemos que vivir de acuerdo con las asignaciones hechas por otras personas” (Ahmed, 2021:44). Siempre se trató de cómo nos nombran, como nos mencionan y si nos reconocen o no, por eso decidimos juntarnos, reconocernos en nuestras historias colectivas, asignarnos la difícil tarea de ser realmente protagonistas de nuestra propia historia y nombrarnos. Somos Colectivo Doble Cambio.

Un mensaje que nos despertó, un *hashtag* que nos unió y un pliego de demandas colectivas que nos llevó a organizarnos. Doble Cambio es una expresión utilizada para nombrar una acción concreta que se realiza en los partidos con la entrada y la salida de dos jugadoras en la cancha. A modo de metáfora la elegimos para nombrar a quienes deben salir del juego, en esta ocasión son todas las desigualdades, privilegios que nos han colocado en una posición de desventaja y todas aquellas acciones que hemos naturalizado a lo largo del tiempo a costa de permanecer. ¿Quiénes ingresan? Nosotras mujeres, jugadoras de voley unidas con la convicción que es posible cambiar el paradigma estructural, no solo a nivel deportivo, institucional sino también cultural.

Es el momento, se vienen rompiendo estructuras, se empiezan a generar preguntas e incomodidades. El feminismo viene haciendo eso, con nuestros cuerpos, con nuestros deseos, a nuestra cotidianeidad y viene conquistando espacios, le llegó el momento al deporte. Sucesos en cadena, que generan lazos, tejen redes y amplían derechos. Los avances en derechos, hacia las mujeres y los colectivos LGBTTTIQ+ son innegables, la coyuntura acompañada, hay que aprovecharla. Es muy del feminismo tejer redes, colectivizar

experiencias entre compañeras y acompañarnos. Le tenía que llegar a los deportes el momento de colectivizarse organizarse y empezar a pensar una agenda en común, como fue la participación como deportistas organizadas junto a otras disciplinas de la jornada del 29 y 30 de diciembre donde se aprobó el aborto legal seguro y gratuito. Este acto de unión remarca de que como deportistas estamos convencidas que nosotras tenemos el derecho y la necesidad de tener la posibilidad de decidir sobre nuestros cuerpos y nuestra carrera deportiva, en todos sus aspectos. El feminismo entró en las canchas para que seamos quienes participemos y estemos pensando la política y políticas de géneros desde los deportes y para los deportes. Estamos transitando un momento histórico, al menos entre las compañeras que hacemos el voley femenino argentino.

### Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2021). *Vivir una vida Feminista*. Caja Negra Editora.
- Femenías, M. L. y Bolla, L. (2019). Narrativas invisibles: Lecturas situadas del feminismo materialista francés. *La aljaba*, 23: 91-105.
- Garton, G. (2020). La profesionalización del fútbol femenino argentino: entre la resistencia y la manutención del orden. *Revista Ensamblés*, Otoño 2020, año 7, n°12.
- Glynos, J. (2000). Sexual identity, identification and difference: a psychoanalytic contribution to discourse theory. *Philosophy & Social Criticism*, 26(6), pp. 85-108.
- Martinez, A.(2011). Los cuerpos del sistema sexo/género: Aportes teóricos de Judith Butler. *Revista de Psicología* (12), 127-14.